

**ZONA
LIBRE**

El viaje de las estrellas doradas

Ana Alcolea



Norma

**ZONA
LIBRE**

*El viaje de las estrellas
doradas*

**ZONA
LIBRE**

*El viaje de las estrellas
doradas*

Ana Alcolea

Norma

mx.normaediciones.com

Bogotá, Buenos Aires, Ciudad de México,
Guatemala, Lima, San José, San Juan
y Santiago de Chile.

863.7

A53

2017 Alcolea, Ana

El viaje de las estrellas doradas / Ana Alcolea. — México :
Norma Ediciones, 2017.

276 páginas. — (Zona libre)

ISBN: 978-607-13-0689-0

1. Novela española — Siglo XXI. 2. Literatura española —
Siglo XXI. 3. Literatura juvenil — Siglo XXI. I. t. II. Ser.

© 2017, Ana Alcolea

© 2017, Educa Inventia, S.A. de C.V.

Avenida Río Mixcoac 274, piso 4, Colonia Acacias,

Alcaldía de Benito Juárez,

Ciudad de México, C.P. 03240

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin permiso
escrito de la Editorial.

* El sello editorial “Norma” está licenciado por Carvajal,
S.A. de C.V., a favor de Educa Inventia, S.A. de C.V.

Primera edición: septiembre de 2017

Tercera reimpresión: julio de 2020

Gerencia Editorial: Lorenza Estandía González Luna

Edición: Juana Lizbeth Alvarado Mota

Corrección de estilo: Laura Lecuona

Jefe centro de diseño: Carlos García Ortega

Diagramación: Gustavo Rivas Romero

Diseño de cubierta: Gustavo Rivas Romero Fotografías

de cubierta: Shutterstock

Impreso en México — *Printed in Mexico*

ISBN: 978-607-13-0689-0

*Para Nunzia, que me
llevó a la Villa Migone.*

*A la memoria del gentilísimo
señor don Gianfranco Migone*

E lucevan le stelle...
(Tosca)

Muchos de nuestros cañones apuntaban sus bocas de fuego hacia la costa.

Dicen que nunca está más oscuro que cuando va a amanecer. Eso pensaba Cecilia una y otra vez desde que entró en aquel agujero. Un agujero que iba a ser su morada durante más de tres años. De su casa había cogido solamente su vieja muñeca y un tablero de ajedrez que había fabricado su abuelo con madera de los bosques de la familia. A sus padres los habían metido en un viejo tren de carga con destino desconocido. Ella y su hermano Thomas se habían librado porque cuando se proclamaron las órdenes de evacuación estaban en casa de su amiga Margarite, y los padres de ésta habían decidido darles refugio hasta que se acabara la pesadilla de la guerra. Habían tenido el tiempo justo de ir a su hogar, coger la muñeca, el tablero de ajedrez y las espátulas con las que Thomas esculpía pequeñas figuras de barro.

La familia Schroeder había habilitado una parte del cuarto de la plancha como refugio para los dos jóvenes. En la única habitación interior, una puerta detrás de un armario daba acceso al habitáculo en el que Thomas y Cecilia pasarían sus días para evitar que nadie los viera, los oyera, los oliera o intuyera su presencia en medio

de una casa burguesa alemana donde vivía una familia en absoluto sospechosa de albergar judíos. Ni siquiera la criada conocía el secreto mejor guardado de la casa. La señora Schroeder reservaba parte de la comida en un plato que ocultaba debajo de su cama hasta que llegaba la noche. Cuando Matilde, la sirvienta, volvía a su hogar, los Schroeder movían un panel del armario y los chicos salían del escondite. Margarite charlaba con Cecilia, Thomas continuaba con sus figurillas de barro y el señor y la señora Schroeder jugaban al ajedrez. Debían tener siempre mucho cuidado: había demasiadas ventanas y cualquiera podía ser un delator. Toda precaución era poca en una ciudad tomada por la sinrazón, en un mundo regido por la locura, en un mundo oscuro en el que parecía que nunca iba a amanecer.

Cecilia y Thomas no podían encender ninguna luz durante el día. No importaba que el día estuviera nublado o que hubiera un eclipse total de sol. Apenas entraba luz desde la claraboya del techo. Cecilia miraba hacia arriba y se imaginaba que con los pequeños rayos entraba también la alegría que necesitaba para seguir viviendo. Cecilia exprimía cada instante en su vida y en su imaginación. Así había sido desde que era muy pequeña y su padre la llevaba al teatro y a la ópera. Le fascinaban los vestidos de aquellas mujeres capaces de cantar mientras se movían por el escenario con faldas más anchas que el armario que los protegía. Se sabía de memoria muchas de aquellas historias. Durante el tiempo que vivió en aquel rincón escondido del mundo, Cecilia repasaba una y otra vez las melodías y las letras

de todas las óperas que conocía. Así pasaba horas y horas, reviviendo en su imaginación aquellas historias de heroínas trágicas que acababan fatal. Su muñeca representaba todos los papeles una y otra vez, y de haber tenido capacidad de hablar habría protestado porque casi siempre le tocaba morir de tuberculosis, de pena o por el efecto de algún veneno misterioso. Thomas miraba la claraboya y se imaginaba que del otro lado seguían brillando las estrellas.

Fuera de la ciudad fortificada, los cañones estaban preparados para intervenir en cualquier momento.

Giancarlo había tenido que dejar la escuela para huir con su familia a la casa de la playa. Allí seguro que no irían los alemanes, eso dijo su abuela, la matriarca y jefa de la familia. Su marido había muerto muchos años antes, durante la Gran Guerra. Era miembro de una de las más antiguas familias patricias de la región: viejos banqueros cuyo dinero había saneado durante siglos las arcas de la antigua República Marinera de Génova en sus luchas con Venecia, con los turcos, y con los piratas berberiscos que de vez en cuando se acercaban hasta sus costas. La mayor parte de sus bienes habían sido requisados y nacionalizados por las tropas de Mussolini. La familia había perdido mucho, pero aún le quedaban varias propiedades diseminadas por el país, entre ellas la villa donde vivían y la casa de la playa, que era otra villa sobre un acantilado. Un antepasado se había lanzado

al mar desde allí. Decían las malas lenguas que por un asunto de juego: se había jugado su fortuna en el casino y no tenía con qué pagarla, así que había decidido saltar y acabar con todo. No pensó entonces que su pobre mujer tendría que pagar todas esas deudas y que para eso tuvo que vender siete casas y quinientas hectáreas de viñedos. Las buenas lenguas no decían nada.

Giancarlo pasaba todos sus veranos en Suiza, donde vivían sus abuelos maternos. También viajaba hasta allí durante las vacaciones de invierno. A Giancarlo le gustaba esquiar. Metía sus pies en los esquíes de madera, se ponía el jersey de lana blanca que cada año le tejía una de las criadas de su abuela y subía las laderas lo más rápido posible para luego bajar deslizándose en las tablas. Amaba la sensación de libertad que le daba la ausencia de pasos. Al esquiar no tenía que posar un pie y luego el otro, no tenía que hundir el suelo, la tierra, la nieve. No. Le gustaba ese efecto de pasar por la tierra sin dejar apenas huella, sin herirla con su presencia. Solía subir hasta un lago que en invierno estaba helado. Se quitaba los esquíes y patinaba con sus botas sobre él. Paseaba, danzaba y respiraba sin que quedara rastro de su presencia sobre el hielo. Si la mañana amanecía despejada miraba el cielo azul y bendecía la buena suerte que le permitía estar allí en ese preciso momento en el que no ocurría nada. Nada de nada. En el que el silencio era absoluto. Ni pájaros, ni viento, ni aguas que susurraran ni hojas que trajeran murmullos. Nada. Él y el mundo.

La defensa antiaérea, por el contrario, era preocupantemente débil.

Giancarlo y Cecilia se habían conocido seis años antes en Engadina, Suiza, junto al lago. La madre del chico era originaria de allí y aún conservaba la vieja granja de su familia, que había heredado de su abuela y en la que habían ocurrido muchas cosas durante los años previos a la Primera Guerra Mundial, unos años en los que, en palabras de la bisabuela de Cecilia, parecía que la tierra hubiera dejado de dar vueltas. Allí veraneaba siempre la familia de Giancarlo. Cada vez que iban, tenían que quitar las sábanas blancas que habían colocado el último día del verano anterior para proteger los muebles. A Giancarlo le gustaba especialmente esa operación, la de destapar las mesas, los armarios, los sillones y ver que seguían tal y como él los recordaba. Cuando estaba en la ciudad pensaba a menudo en la vieja granja de las montañas suizas, junto al lago. Se preguntaba qué pasaría debajo de aquellas sábanas, si todo permanecería quieto e igual a como era cuando ellos estaban en la casa y todo cobraba vida: la vida que regalaban sus ojos al mirar los objetos y sus manos al tocarlos.

La madre de Giancarlo se había ido a la ciudad a estudiar en una época en que ninguna chica lo hacía, y menos la hija de unos granjeros. Un hombre que compraba leche cada mañana le había enseñado a leer y a escribir, y le mostraba hermosos libros que llevaba en la mochila. Mariana se había dado cuenta de que el mundo era grande y de que había muchas historias esperándola

más allá de los montes y de las vacas. Toda su familia se había opuesto menos la abuela, a quien también le habría gustado saber leer y escribir, pero tuvo que conformarse con aprender a ordeñar vacas.

Mariana había estudiado música en la ciudad y había aprendido a cantar. En un teatro conoció al que luego sería su marido, un joven italiano que tocaba el piano y estudiaba medicina. Mariana creyó que Francesco era tan pobre como ella hasta el día en que él la llevó a conocer a sus padres, que habían venido a la ciudad a pasar unos días. Se alojaban en el mejor hotel, y cuando la joven se acercó a la madre de su amado el brillo de los diamantes que colgaban del cuello de ésta la deslumbró tanto que tuvo que cerrar los ojos. Nadie vio bien que el niño tuviera una novia granjera que además se dedicaba a cantar, pero no les quedó más que aguantarse y a los pocos meses asistieron a una boda en la que casi todos derramaron lágrimas. Los novios porque estaban emocionados y enamorados, que era lo que se esperaba de ellos. Los padres de la novia porque habrían preferido un granjero de brazos y manos grandes y fuertes para su hija y para la granja. Y los padres de él porque aquella jovencita criada en las montañas no era lo que habían soñado para el único heredero de una fortuna de banqueros genoveses que se había fraguado durante siglos, entre piratas, patricios y emisarios de príncipes. Los únicos que no lloraron fueron el cura y la abuela de Mariana. El cura porque los días de boda, como los de funeral, eran los únicos en los que comía bien. Y la abuela porque estaba encantada de que su nieta no

tuviera que ordeñar vacas y de que sus manos vistieran guantes de encaje.

Cecilia era la hija de un director de orquesta. Había trabajado con la madre de Giancarlo en varias óperas y las dos familias se habían hecho amigas, tanto que Josef y Sara Kaufmann habían alquilado una granja junto al lago para pasar los veranos. Thomas tenía dos años menos que Giancarlo y les gustaba ir juntos a pescar truchas. Cecilia jugaba y nadaba con Margarite, de la misma edad que su hermano. Sus padres la dejaban pasar parte de sus vacaciones con los Kaufmann mientras ellos tomaban aguas medicinales en un balneario cercano a Praga.

La madre de Cecilia y Thomas era hija de unos comerciantes de cuero. Conoció al joven músico en otro balneario, donde él tocaba, mientras acompañaba a sus padres y a su perro. Un día León, el perro, se escapó y se refugió bajo el piano mientras Josef tocaba un vals. Se enredó con sus pies y el joven desentonó varios compases, pero nadie lo notó porque cada uno iba a lo suyo. Así empezó su historia de amor: gracias a unos pies que perdieron la concentración y a un perro maleducado.

Así que tanto los padres de Cecilia como los de Giancarlo se dedicaban a la música y entretenían a sus hijos contándoles los argumentos de las grandes óperas que interpretaban. Los niños se quedaban con la boca abierta mientras escuchaban historias de gitanas que se escapaban con toreros, de damas que morían de tos que no acababan nunca o de japonesas casadas con marineros que se iban para no volver jamás. Cecilia imaginaba a todos los personajes con las caras de sus maestros.

Giancarlo les ponía los rostros de sus compañeros del equipo de fútbol en el que jugaba. Thomas los veía con rasgos que luego modelaba con barro. A Margarite no le gustaban aquellas historias que acababan siempre tan mal, y mientras los mayores las contaban mejor pensaba en otras cosas.

Cuando años después sus amigos entraron en el escondite que habían preparado sus padres, Margarite supo que tendría que pasar horas con ellos y que contar historias sería una de las pocas diversiones que les quedarían, sobre todo en los ratos en que no podían encender las luces para no alertar a los vecinos.

—¿Y qué les va a pasar a los padres de Cecilia y de Thomas? —le preguntó un día Margarite a su padre.

—Eso no lo sabe nadie. Se dicen muchas cosas, pero no hay que hacer caso.

—Yo he oído cosas terribles en la academia, papá. Dicen que se los llevan en trenes a Polonia y que allí los hacen trabajar encadenados unos con otros. Dicen también que si alguno no tiene fuerzas lo golpean hasta que muere.

—No sé quién te cuenta esas cosas —intervino la madre—. Eso no puede ser verdad. Se los han llevado para que vivan tranquilos en otro lugar. Ellos solos, sin nadie que los moleste.

—Si eso fuera verdad, papá no habría insistido en que Cecilia y Thomas se quedaran en esta casa ni los estaríamos escondiendo en un cuarto oscuro. Ni sus padres os habrían pedido en aquella nota escondida que cuidarais de ellos. Si iban a estar mejor que aquí, se los habrían llevado —insistió Margarite.

–Será mejor que no les cuentes nada de lo que oyes por ahí, ¿está claro? –le pidió su padre–. Al menos así no estarán preocupados por su familia. Josef me dijo que me escribiría en cuanto tuvieran una dirección, pero no he recibido nada todavía. Es demasiado pronto, supongo.

Y el padre de Margarite se levantaba y se metía en su despacho cada vez que tenían una conversación parecida. Él también había oído cosas. Cosas tan terribles que no se podía creer. Le parecía inimaginable que los seres humanos fueran capaces de hacer cosas como las que se rumoraba que los nazis hacían con los judíos y con los demás prisioneros, pero reconocía que a él también le daba miedo tener escondidos a los niños Kaufmann en su casa. Sabía que si las SS se enteraban no correrían mejor suerte que sus amigos. Cuando pensaba en ello le temblaban las piernas y se tenía que sentar para no tambalearse delante de su familia. Su familia. ¿Qué sería de su mujer y de su hija si los descubrían? Tenía que pensar en un plan, en una manera de sacar a los chicos de allí y de ponerlos a salvo sin traicionar la palabra dada a Josef.

Las incursiones aéreas de la RAF sobre el puerto de Génova representaban solamente una pequeña muestra de lo que podía ocurrir si se producía un ataque de grandes dimensiones.

Pocos años antes las cosas eran muy diferentes. Tanto que ahora parecía que la tierra hubiera dejado de girar, como decían, sin haberse puesto de acuerdo, la abuela

de Giancarlo y la bisabuela de Cecilia. Al chico le gustaba pasear por las montañas, y cada mañana después de desayunar cogía su mochila y emprendía la marcha por senderos apenas practicados por los montañeros y los alpinistas de la zona. Siempre llevaba consigo un cuchillo de monte que sujetaba al cinturón y un bastón con el que se ayudaba para subir por los riscos. Cecilia lo veía acercarse a la granja desde la ventana de su habitación. Entonces se miraba al espejo, se pasaba el cepillo por el pelo y bajaba las escaleras corriendo para salir, casualmente, a su encuentro. En la granja había una vaca a la que Cecilia ordeñaba cada mañana. Luego siempre cogía un vaso de metal, lo llenaba y salía a encontrarse con su amigo, que aceptaba beber un par de tragos antes de seguir su camino. A Giancarlo la chica de los Kaufmann le parecía guapa, pero demasiado pequeña para él. Aunque tenía su misma edad, a sus ojos todavía era una niña. A él le gustaban las chicas mayores, como las bailarinas del teatro de la ópera, donde cantaba su madre. Mujeres de piernas y pestañas larguísimas: tan largas como la distancia que había entre ellas y él, que tenía doce años, y al que se acercaban tan sólo para revolverle el pelo o para darle un pellizco en las mejillas, cosas que aborrecía.

–Buenos días, Giancarlo, ¿adónde vas? –era la pregunta de todas las mañanas.

–A la montañas. Voy a subir a la cima. ¿Cuándo querrás venir conmigo hasta allá arriba?

–No creo que pueda llegar nunca. De pequeña tuve una bronquitis muy grave y me ahogo enseguida.

–Tal vez cuando seas mayor. ¿Te queda leche?

–Sí. Unos sorbos –Cecilia le acercaba el vaso a las manos, Giancarlo bebía y sus labios se manchaban de blanco, como si tuviera bigote. Cecilia siempre se sonreía y él se limpiaba con un pañuelo que sacaba de su bolsillo derecho. Y así todos los días.

–Gracias, Cecilia. Estás muy guapa esta mañana.

Y Cecilia se quedaba tan contenta con el piropo del joven italiano al que le gustaban las montañas.

El verano siguiente Cecilia había crecido varios centímetros y había empezado a usar sujetador. Se había cortado un poco el pelo y lucía una melena corta, como estaba de moda entre las jovencitas. A Giancarlo le había salido vello sobre el labio superior: un vello rubio y fino que a Cecilia no le gustó nada.

–¿Y por qué no te afeitas? –le preguntó un día.

–Porque dice mi padre que es demasiado pronto y que me hartaré de afeitarme a lo largo de mi vida. Por cierto, Cecilia, mi padre también dice que están pasando cosas con los judíos en Alemania. ¿Es verdad?

–No sé. Algo he oído, pero en nuestra ciudad no pasa nada. Nosotros estamos bien. Mi padre dice que los problemas que hay se pasarán pronto. Va a montar una ópera nueva en otoño. Él está muy bien considerado. Con él no van a meterse. Seguro que no.

Y Cecilia repetía esas frases cada vez que Giancarlo pasaba a su lado. Y tanto las repetía que había acabado por creérselas. También su hermano, su amiga Margaritha y toda la familia. Pero Giancarlo oía hablar de cosas que estaban ocurriendo en Italia, en Alemania y el resto

de Europa. El continente estaba en guerra pero ellos seguían ajenos a sus consecuencias. Giancarlo tenía miedo; por eso cada vez que llegaba a la cima de la montaña respiraba hondo y pedía que nada les ocurriese a las personas a las que quería. Para él subir la montaña era como entrar en un lugar de oración. Le pedía a la naturaleza lo mismo que le habría pedido a Dios.

Pasó otro año, y en julio de 1942 Cecilia se había convertido en una preciosa adolescente de catorce años. Giancarlo ya se afeitaba el bigote con el mismo jabón que su padre y ya no llevaba pantalones cortos. Cecilia se había cortado aún más el pelo y había bajado de peso. Thomas seguía con sus estatuillas. En los últimos tiempos modelaba los personajes de las óperas que dirigía su padre y las hacía moverse por un escenario imaginario a su antojo. Margarite, mientras tanto, pintaba paisajes y miraba de reojo a Thomas, del que se había enamorado en secreto. Le gustaba el hermano de su amiga, aquel chico tan tímido que pasaba horas enteras callado, convirtiendo el barro en rostros y cuerpos con más o menos éxito. Un día lo sorprendió observándola con un interés inusitado.

—¿Por qué me miras así?

—No te miro. Miro el sol que se está poniendo justo detrás de tu pelo.

Aquella había sido la frase más larga que Thomas había dirigido a Margarite en toda su vida. Y también una de sus pocas mentiras: la estaba mirando para aprender sus rasgos de memoria y traspasarlos a sus dedos y con ellos crear una Margarite de barro para poder contemplarla cuando le diera la gana.

Giancarlo seguía subiendo cada mañana a la montaña. Un día Cecilia no salió con el vaso de leche a su encuentro. El chico se extrañó tanto que llamó a la puerta de la granja. Salió a abrir la madre de sus amigos.

–Buenos días. ¿Le pasa algo a Cecilia, señora Kaufmann?

–Le duele la cabeza. Está en su habitación. ¿Quieres que le avise?

–Me ha extrañado no encontrarla fuera, como todos los días.

Cecilia oyó la voz de Giancarlo y se levantó lo más deprisa que pudo.

–Hola –dijo desde lo alto de las escaleras.

–Hola.

La madre los observó callada y se retiró a la cocina.

–Me preguntaba si te apetecería dar un paseo conmigo esta mañana. No hace falta que subamos hasta arriba.

–Me dolía un poco la cabeza –mintió la muchacha–, pero quizás se me pase con el aire fresco.

A Cecilia no le dolía la cabeza. Lo que le dolía era otra cosa: había escuchado una conversación durante la noche. Una conversación que habría deseado no escuchar nunca. Una conversación que nunca tendría que haber ocurrido.

–¿Estás mejor? –le preguntó Giancarlo cuando bordeaban el lago y el sol salpicaba sus rayos sobre el agua.

–Sí, creo que sí.

–¿De verdad te dolía la cabeza?

–No. Bueno –titubeó–, no he dormido bien esta noche. ¿Sabes? Mis padres estuvieron hablando mucho con alguien que vino a visitarlos.

—¿Alguien?

—Sí. No distinguí bien la voz, pero creo que se trataba de tu padre.

—¿Mi padre? ¿En mitad de la noche?

—Sí. Por lo que entendí, vino a advertir a mi familia. Dijo que no deberíamos volver nunca a Alemania, a casa. Dijo que la persecución de los judíos es un hecho generalizado. Que los están enviando a campos de trabajo, que los nazis queman sus negocios, los apalean, les hacen vestir un distintivo especial. ¿Por qué van a hacer algo así? ¿Qué les hemos hecho de mal? Nosotros no nos metemos con nadie. Mi padre es muy respetado. Es uno de los más importantes directores de orquesta del país. De nuestro país. Somos tan alemanes como ellos. ¿Por qué nos iban a detener, a maltratar? No tiene sentido. Eso mismo le decía mi padre. Pero el tuyo insistía mientras mi madre sollozaba. Tu padre decía: “Josef, debes poner a salvo a tu familia. Las cosas están muy mal. Quedaos en Suiza. Tenéis la granja, un buen sitio seguro para vivir. Desde aquí podéis huir, podéis ir a América, allí os acogerían con los brazos abiertos. Eres un gran artista, Josef, debes irte antes de que sea demasiado tarde”. Pero mi padre negaba constantemente. Lo oí, aunque habló en voz muy baja: “No me iré nunca por mi propia voluntad, Francesco. Si un día me voy será a la fuerza. Todo lo que está ocurriendo es un disparate que no puede durar. Las potencias extranjeras nos ayudarán enseguida y acabarán con esta locura”. Tu padre insistía: “Quedaos en Suiza. No volváis a Alemania”. Y mi padre siguió diciendo que no. Y mi madre siguió llorando. A mí

no me vieron. Thomas estaba durmiendo, Margarite también. No les he dicho nada esta mañana. Parecen muy contentos los dos. Me parece que están enamorados. A mí eso me alegra mucho: mi hermano y mi mejor amiga.

–Yo también creo que deberíais permanecer aquí y luego viajar a los Estados Unidos. Allí a tu padre lo contratarían en cualquier teatro importante. No corren buenos tiempos para los judíos en Europa.

–Mi padre ha dicho que no. Va a dirigir la ópera Tosca en octubre en el teatro de nuestra ciudad.

–¿Los nazis todavía dejan que se representen óperas italianas, y en italiano? Yo creía que ya sólo interpretaban óperas alemanas.

–Mi padre ha insistido. Está programada desde hace tiempo.

–No creo que lo dejen. Las cosas están cambiando demasiado rápido –Giancarlo acarició el pelo de su amiga y atrajo su cabeza hasta su pecho–. Pero no debes perder el sueño. Nada debería hacerte perder el sueño, Cecilia.

La abrazó durante unos segundos mientras Cecilia lloraba en silencio y sus lágrimas mojaban la camisa del chico, quien las notó en su piel. Cerró los ojos y deseó que las cosas fueran diferentes y que el mundo fuera un lugar en el que sólo pasaran las cosas que deseara la gente de bien. Miró hacia la cima de la montaña, que seguiría allí, erguida y orgullosa por los siglos de los siglos, a pesar de todas las maldades de las que fueran capaces los hombres. Respiró hondo y cogió la cara de Cecilia con las manos. No se atrevió a darle ni siquiera un beso leve en la frente y sonrió.